

**Trivialis o el camino del conocimiento.
La influencia de la cultura clásica en el
diseño de la enseñanza en el mundo Occidental.**

Ricardo León García
Plática del 17 de agosto de 2022 ante
OSC Girasoles en El Colegio de Chihuahua

Con esta charla busco ir por rumbos que para nadie son desconocidos, aunque no nos dediquemos a esto de manera permanente y, a veces, profunda. Varios asuntos en los que meteré la nariz habrán de estar precedidos por afirmaciones que, en ciertos momentos parecerán perogrulladas. ¡Ah, el recordado Pero Grullo! Bueno, no debo desviar esta conversación. Sin embargo, lo obvio y lo que alguna vez formó parte del sentido común ha sido colocado en saco roto. ¿De qué nos sirve la memoria? ¿Acaso la experiencia es solamente lo inmediato? Hemos caído en lo que tanto recomendó evitar el gran historiador francés Jean Chesneaux: hacer tabla rasa del pasado.

Todos los caminos aquí planteados pueden coincidir en cualesquiera de estos conceptos que en la pantalla solamente se enumeran. **IMAGEN, pausada** No entraré en clasificaciones ni diferenciaciones. Me centraré en la idea de **formar** a las nuevas generaciones, en contraste, siempre complementario, con la idea de **instruir**. Posiblemente se conjuntan en eso que llamamos **educar**, pero no iré más allá. No dudo que en este recinto haya personas mejor calificadas que yo para hablar de estos conceptos y desmenuzarlos. Así que, como Poncio Pilatos, me lavo las manos y pasamos a lo que sigue.

Cuando hablamos de estas cuestiones delineadas en el listado que tienen enfrente, de inmediato nos imaginamos un hombre o una mujer mucho muy formales frente a un grupo de párvulos, infantes, **IMAGEN** púberes, mozalbetes o adultos jóvenes que presumen de precocidad y andan en busca de algo que tal vez no sepan definir o simplemente porque los mandaron a estudiar... lo peor, porque no tienen otra cosa mejor que hacer.

La primera verdad de Pero Grullo a la que me he de referir es precisamente a que todo ser humano comienza a aprender desde el nacimiento. Y nadie otorga certificados por ese aprendizaje ni reconocimientos por el esfuerzo, voluntario o no, de formar o deformar a las nuevas generaciones. Se trata de un proceso de formación constante y permanente basado en la imitación, principalmente. Todo cuanto ven los chamacos que hacemos los adultos, buscan imitarlo y la mayoría de las veces lo logran. Sí, porque se imitan gestos, voces, ademanes, actitudes, frases, maneras de mesa, el trato con los demás... ¿Aterrador, no? Porque ya sé en qué están pensando que les han imitado los niños de su entorno. ¡Pero eso lo hemos sabido siempre!, solamente que nos volteamos para otro lado y hacemos como que la virgen nos habla... es más cómodo fingir demencia.

Desde este momento ya estamos hablando de formación de las personas, de allanar el camino del conocimiento a los jóvenes, a quienes son sujetos de una formación... debemos recordar que los árboles torcidos sus ramas jamás enderezan.

No estoy diciendo que los viejos no aprendemos, sino que el tiempo en el que formamos nuestros tallos y conducimos nuestras raíces siempre es durante los primeros años de vida. El proceso de aprendizaje no cesa, sin embargo: virtudes, vicios, costumbres, actitudes y valores los adquirimos en la primera infancia. Posteriormente, si queremos, desarrollamos habilidades, destrezas, profundizamos en el conocimiento y hasta a veces podemos elegir a qué nos queremos dedicar. Aunque nos digan que chango viejo no aprende maroma nueva.

Es por ello que la atención que pongamos a los miembros más pequeños de la sociedad resulta fundamental. Lo más grave y delicado que pueda estar bajo nuestra responsabilidad es la formación de las nuevas generaciones... y todas estas cosas ya las mencionaban los pensadores de la antigüedad, asuntos que los pedagogos del momento, los de moda y los más citados en las publicaciones científicas, se han venido refriteando sin ton ni son a lo largo de seis siglos o más, claro con un léxico rimbombante y oscuro, envuelto de términos que dejan con la boca abierta al auditorio, pero no hacen más que poner en evidencia que bajo el sol, nada nuevo hay, aunque nos lo vistan de seda. En ocasiones somos muy dados a tergiversar esas ideas del pasado para que, a nuestra conveniencia, podamos persuadir a los demás de que somos portadores de la luz del nuevo conocimiento. A ver quién se deja.

Posiblemente se me acuse de herejía, quizás de blasfemia, pero por fortuna en este recinto se permite la libre exposición

de ideas... todavía. **IMAGEN** A lo que voy es que de la cultura clásica, esa que trataron de definir los mismos romanos como todo lo que hacían ellos, fuertemente influenciados por la Antigua Grecia, tradiciones siempre puestas a modo para que no se fuera a pensar en rompimientos o argumentos sin base, es que nos hemos apropiado de conceptos e ideas fundamentales como a) civilización, b) democracia y c) derecho... ¿podríamos pensar nuestra existencia sin el uso cotidiano de esos conceptos? **IMAGEN** Hay muchos otros, pero al momento nos quedamos solamente con esas ideas, tan caras al discurso de hoy y que, al pronunciarlas se nos hincha la boca de emoción y el corazón se nos revienta de pasiones... y de dudas, aunque éstas últimas más vale no hacerlas evidentes. **IMAGEN**

De la construcción de ideas tan variadas y que abarcaban todos los confines de la vida misma, es que hemos ido formando las nuestras para conformar lo que somos. Parte esencial de este grupito de tres conceptos básicos de la civilización romana (y griega, no la podemos dejar a un lado) era precisamente lo que hoy denominamos la educación. **IMAGEN** Para que una sociedad de tanta complejidad como la griega y más, la romana, pudieran existir y reproducirse, resultaba primordial que sus miembros poseyeran plena conciencia de sus deberes y derechos, debían actuar conforme a su lugar dentro de la estructura y aprender a decidir, si era el caso, como a obedecer.

Paso para hablar de mí, ustedes me disculparán. A lo largo de mi vida he tenido de maestros a maestros. Marco Fabio Quintiliano es uno de ellos. **IMAGEN** Aunque nuestras vidas están separadas solamente por dos milenios, más o menos, tengo la fortuna de haberme adentrado en lo que propuso y estableció como bases de la psicopedagogía. He leído con interés apasionado su texto que legó a la posteridad, escrito poco después de la crucifixión de Jesucristo, momento en el cual llegó al escenario del pensamiento educativo el señor Marco Fabio Quintiliano, un abogado romano de Calahorra, en la provincia de La Rioja, hoy España.

Afirmaba Quintiliano que cuando uno se adjudica la grave responsabilidad y emprende la aventura de educar, **IMAGEN** debe prestar suma atención para verificar si quieren y pueden hacerlo nuestros potenciales pupilos, pues el tiempo no está para dedicárselo a quienes no valen la pena. Muy duro en sus comentarios este jurisconsulto y docente de toda su vida: sabía que sin la voluntad del estudiante, todo esfuerzo puede resultar inútil.

Quintiliano escribió sus reflexiones justo después de decidir ya no dedicarse más a la enseñanza, ya no más a los tribunales y, para no estar sin hacer nada, a los sesenta y cinco años fue convencido por sus alumnos para dedicar sus últimos días a la escritura de su saber, pues ellos se sentían incapaces de poder poner de manera correcta en un papel todo cuanto él sabía y buscaba enseñar. Poco después de concluir

sus letras, falleció este hombre considerado el iniciador de la psicopedagogía y autor del primer tratado de pedagogía, que a la vez es un manual de retórica, una lección de ética y toda una forma de ver la vida. El primer europeo en convertirse en un trabajador asalariado del Estado para dar clases, Quintiliano, suponía que no todos los jóvenes gozaban de los rasgos mínimos para convertirse en buenos estudiantes. Trascendió los siglos este Quintiliano gracias a que las circunstancias que le rodeaban obraron a su favor.

El emperador Vespasiano **IMAGEN** se puso a trabajar en una reforma del sistema fiscal para dedicar la mayor parte de los recursos públicos a la reconstrucción de una Roma destruida que heredaba de tres atroces lustros de gobierno del tal Nerón. Pero la reconstrucción del fundador de la dinastía Flavia no era solamente de relumbrón, como suele suceder en las demagogias pasadas y presentes. Era su "nueva normalidad", pero con los pantalones puestos en su lugar, aunque fuera debajo de la toga y la túnica. Imbuido de las concepciones "holísticas" insistidas por la intelectualidad de esos días, Vespasiano decidió involucrarse en la educación: una nueva Roma no podía solamente parecerse a lo que fue antes en cuanto su aspecto; la nueva Roma comenzó a ser diferente a la vista y su esencia debería cambiar, sus ciudadanos deberían ser mejores que antes, pues no tendría sentido reconstruir para dejar todo igual a como era. Regresar a la situación que provocó la debacle sería propiciar una debacle tras otra. Ellos

sí lo entendieron, parece que la historia sirve lo mismo que lo que se le unta al queso.

Dado lo anterior, decíamos, Vespasiano propuso crear escuelas sostenidas por el erario y el primero en ser contratado para la docencia fue, ni más ni menos, que Marco Fabio Quintiliano, más o menos a la edad de cincuenta años, un anciano para la contabilidad de la época. **IMAGEN** En estos recintos de conocimiento, los hijos de los ciudadanos adquirirían una formación completa para convertirse en mejores ciudadanos que sus padres y mejorar las condiciones del imperio. Una de las condiciones de mejoría era la de saber expresarse y convencer a los demás, para lo cual, el curso de oratoria era fundamental. Aquí entra Quintiliano a procesar y heredar al mundo la experiencia de su vida.

Por medio de piezas de oratoria, hacían su trabajo en la antigua Roma los encargados de llevar a cabo los procesos judiciales del orden político, mercantil, penal, civil y militar; fiscales y defensores tenían la necesidad de convertirse en excelentes oradores. **IMAGEN** Lo mismo sucedía con los senadores, encargados de los asuntos políticos, diseñadores de la normatividad que regía a la sociedad. Los asuntos se proponían, arreglaban, aceptaban o rechazaban de viva voz y cada uno de los intervinientes en ellos debía hacer uso de sus mejores galas argumentativas. Se trataba de persuadir a los colegas, al público, a los ciudadanos, a los

contrincantes políticos, a los abogados de la parte contraria, a los emisarios de otros reinos.

Quintiliano sabía que para ser buen orador, tan solo habría que dedicar días, noches, meses y años a la preparación del individuo, lo más completa posible, en asuntos que comienzan desde el perfecto aprendizaje de la *lectura y la escritura*, que debía hacerse desde la edad de los tres años, "¿Y por qué no ha de ser capaz de instrucción una edad que lo es para irse formando en las costumbres?... ¿qué mejor cosa podrán hacer luego que sepan hablar? Porque es preciso que en algo se empleen", argumentaba el abogado. Regresaba a las ideas de Platón, pues Quintiliano coincidía con el ateniense en que en los primeros años de vida se forjan el carácter y las costumbres de los individuos. Al mantenerse con la mente ocupada a todas horas, las buenas costumbres se fincarán en la manera de ser de la persona desde la tierna edad y tendrá la oportunidad de buscar una vida satisfactoria y honesta, rasgo que, de acuerdo con el maestro Quintiliano, no solamente se debe dejar a los filósofos. Quien sabe gobernar su casa, su vida entera, seguramente puede hacerlo para toda la sociedad.

Ahora bien, para hacerse cargo de la dirección de una comunidad, se requiere sabiduría, para lo cual se debe educar al individuo bajo estrictas reglas de orden, pues el conocimiento no puede adquirirse sin un método ni un plan. Quintiliano propuso que una vez que el niño haya aprendido a imitar la lectura y la escritura, deberá comenzar a reflexionar

sobre la lengua y el conocimiento mismo por medio de la gramática.

IMAGEN Su proyecto educativo se fundaba en que hasta agotar el conocimiento de la gramática, el niño podría entrar en el entendimiento de las matemáticas, de la música y, por último, de la retórica, entendida ésta como el manejo de los argumentos precisos tendientes a lograr el convencimiento de los interlocutores... y eso solamente para comenzar, porque si el individuo quisiese dedicarse a la política o a la abogacía, a la medicina o a la arquitectura, el camino por recorrer todavía sería muy prolongado. La propuesta es un tanto descabellada para las personas de escaso criterio, las apáticas y las perversas que pretenden lo que sea, a excepción del bien común; implica sacrificios, mucho trabajo y poner en práctica cotidiana todos nuestros sentidos.

Después de haber sido un imbatible jurisconsulto en Roma, Quintiliano se convirtió en el primer docente pagado por un Estado occidental: había que poner especial esmero en la preparación de hombres de leyes que supieran argumentar y que no les tumbaran tan fácil los casos que supuestamente defendían [cualquier parecido con la realidad actual, les juro, que es mera coincidencia]. La fama de Quintiliano nació por no haber perdido un solo juicio en su trayectoria como abogado, todo, debido a su gran capacidad para argumentar y exponer los razonamientos suficientes para defender su punto de vista. A Quintiliano le pidieron que formara oradores, sin embargo, sus

principios éticos le indicaron que para lograr un discurso brillante es necesario brillar, tener desarrollada la capacidad de raciocinio a partir del cultivo del conocimiento. Tiene lógica... pero el asunto no termina allí.

El proceso formativo de un individuo, decía Quintiliano, comienza desde el momento mismo en que el bodeque comienza a aprender, es decir, desde que nace y desde que anda viendo qué hace, qué ve, qué absorbe. El papel del adulto a su cargo es enseñarle a ver, a sentir, a pensar lo que capta, lo que percibe, a razonar el mundo que le rodea. Imposible resulta buscar enseñar a alguien de 15 años o más a sentir, a percibir, a crear, a ser inquisitivo o a explorar cuando lo que le urge ya es poder volar y demostrar al mundo que lo puede devorar de un bocado... aunque no tenga nociones de cómo hacerlo.

Quintiliano no dudaba en que el papel del adulto en la formación inicial es fundamental. Al aprender a escuchar e interesarse por saber más, siempre hará preguntas y poco a poco tratará de responderse él mismo. El aprendizaje, además, funciona mejor cuando se encuentra alejado de todo tipo de violencia: ¿Con qué derecho podemos obligar a un infante a estar siempre avispado y mostrar interés cuando no le hemos enseñado otra cosa que depender de los demás, que los adultos están a su completo servicio o que todo cuanto quiera se le acerca con el simple hecho de desearlo? Nuestro autor estaba convencido que las faltas de los niños no son sino resultado del trabajo de sus preceptores y el entorno familiar en el que

se forman. En todo caso, el castigo físico debería destinarse a quienes les han educado.

Quiero ser insistente con la prioridad que mencionaba Quintiliano: la necesidad de tener una completa formación sobre la lengua, hablada y escrita, como arranque del proceso educativo.

Saber hablar y explicar los poetas, más es lo que encierra en el fondo, que lo que manifiesta. Porque el escribir va incluido en el hablar, y la explicación de los poetas supone ya el leer correctamente, en lo cual se incluye la crítica. De ella usaron los gramáticos antiguos con tanto rigor, que no solamente censuraban los versos y libros de títulos supuestos, tomándose la licencia de quitarles el nombre del autor que, a su parecer, falsamente llevaban, sino que a otros autores los redujeron a ciertas clases, quitando a otros de este número. Ni basta el haber leído los poetas. Se han de revolver todos los escritores, no solamente por las historias que contienen, sino también por las palabras que reciben autoridad de aquellos que las usaron (p. 33 / 53).

Para perfeccionar la gramática, ya una vez que se habla y se escribe con corrección, claridad y elegancia, se debe dar acceso a la música, a la astrología y a la filosofía.

Debemos tener claro que la propuesta de Quintiliano no es una prédica en el desierto ni se relaciona con algo mencionado de manera aislada. Formaba parte de toda una corriente de pensamiento, característica del primer siglo de nuestra era, que pugnaba por imponerse y se impuso. Recordemos, también, que cuando hablamos de educación, de formar al pueblo, nos estamos refiriendo a los esfuerzos para contar con una clase dirigente lo suficientemente preparada para servir, para

dirigir, para reproducir con eficacia y eficiencia el modelo de organización social que tantos puntos de satisfacción daban al ideal imperial romano. Desde que la humanidad se precia de serlo y está consciente de que se debe reproducir fielmente la estructura de la sociedad y que más vale no meterle ruido para evitar malestares y reclamos, que todo quede como está, la idea de la educación está dirigida a garantizar dirigentes aptos, que sepan mandar para que el resto cumpla con su función de aprender a obedecer y ejercer de manera permanente la obediencia. Sí, la educación nació elitista, creció elitista y cuando se masificó, se transformó en un entrenamiento tan sólo para mantener el orden, que quien busque realmente el acceso a todo lo que la educación significa, habrá de desembolsar grandes cantidades y disfrutar del aislamiento, pues no se trata de un asunto de la colectividad.

IMAGEN Ya dije que mi maestro Quintiliano forma parte de una corriente de pensamiento. Dentro de ese grupo de pensadores que más o menos coinciden en finalidades, en caminos y en creencias, se encuentran Marco Vitruvio Poillón, uno de los iniciadores de esta vaina, Marco Terencio Varrón y Cicerón. Si bien no son los creadores del término **artes liberales**, sí lo discutieron de manera amplia.

Por artes liberales (*ars liberalis*) debemos considerar el conocimiento básico a la que toda persona educada debe tener acceso antes de su juventud con la finalidad de considerarse en plena formación. Podemos discutir el origen del término,

pero baste mencionar que se refiere a **lo que se aprende por medio de los libros**, de acuerdo con las disquisiciones de Magno Aurelio Casiodoro **IMAGEN** en el siglo sexto, aunque prevaleció la idea de que se refiere tan sólo a las **disciplinas que ejecutan los hombres libres**, que ya es mucho hablar de la libertad de los hombres durante la primera mitad del primer milenio de nuestra era. **IMAGEN**

Las artes liberales, cualquiera que sea el sentido que deba tener su interpretación, estaban compuestas por siete disciplinas contenidas en dos grupos, separados por el grado de su complejidad para su dominio. Todas ellas, en conjunto, permiten la formación de los hombres libres; es la mejor manera de tener acceso al conocimiento. Se trata de disciplinas formativas, toda persona libre debe dominarlas para conocer de la vida. Son conocimientos necesarios para el desarrollo de la inteligencia y la excelencia moral y se diferencian de los conocimientos meramente útiles o prácticos. [Quizá de ahí venga ahora la negativa a comprenderlas y adentrarse en ellas, pues buscamos siempre banalizar todo cuanto nos rodea].

IMAGEN *Trivium* significa en latín "tres vías o caminos". Agrupaba las disciplinas relacionadas con la elocuencia, según la máxima «*grammatīca (grammatikē) loquitur, dialektikē vera docet, rhetorikē verba colorat*» (la gramática ayuda a hablar, la dialéctica ayuda a buscar la verdad, la retórica colorea las palabras). Comprenden la lengua (*lingua*), la razón (*ratio*) y la retórica o *tropus* (las figuras). Englobaba el estudio de

la literatura, cubría el estudio del derecho y de la lógica o dialéctica. Completar el *trivium* daba al estudiante algo así como el grado de bachiller. Es decir, había aprendido a razonar [hoy recibimos el título de doctores y.. mejor guardo silencio].

IMAGEN *Quadrivium*, cuatro caminos, agrupaba lo relacionado con las matemáticas, según la máxima *Arithmetīcus numerat, Geometriā ponderat, Astrōnōmā colit astra, Musica canit* («la aritmética numera, la geometría pondera, la astronomía cultiva los astros, la música canta»). En el siglo IV aC, Arquitas afirmó que la matemática estaba constituida también por tales disciplinas. Se estudiaba así la aritmética (los números), geometría (los ángulos), astronomía (los astros) y música (los cantos). La geometría englobaba a la geografía y la historia natural, a la astronomía se le solía añadir la astrología y por música, principalmente debemos comprender la eclesiástica. Una vez terminado el *quadrivium*, el estudiante era reconocido con el título de licenciado en artes.

La vida continuó. Las tradiciones se transformaron. Parece que se prefirió el uso de la fuerza sobre la razón y valía más formar excelentes guerreros, aunque difícilmente pudiesen razonar. A los maestros que he mencionado, por un par de milenios, les sucedieron personajes de mentes claridasas, aunque siempre a la zaga de lo que los sustentadores del poder necesitan para seguir donde están. Es necesario acudir a

Isidoro de Sevilla, aprender más de monsieur Michel de Montaigne, qué decir de Jean-Jacques Rousseau o de Ignacio de Loyola. Todos ellos, sin duda, conversaron largo y tendido con Quintiliano, con Platón y con Aristóteles. Con nosotros ya no. Primero, porque la sesión de esta tarde se ha alargado mucho y, en segundo lugar, es más importante que la titular de la SEP alcance la gubernatura del Estado de México... lo demás, es lo de menos.

IMAGEN Muchas gracias.